

Masculinidad en el mundo rural: realidades que cambian, símbolos que permanecen

Ximena Valdés S. /CEDEM

Ximena Valdés. *Masculinidad en el mundo rural: realidades que cambian, símbolos que permanecen. En: "Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia". Ediciones Flacso, Santiago, de Chile, 2000.*

Introducción

Frente a la pregunta acerca de cuáles son los elementos constitutivos de la masculinidad en el mundo rural contemporáneo, no tenemos una sola respuesta. El presente nos muestra realidades que cambian y símbolos que permanecen. Mientras los hombres y las relaciones sociales de género tienden a cambiar al ritmo que lo hace el conjunto de la sociedad chilena, ciertas simbolizaciones parecen permanecer y, todavía, podríamos decir, buscan relegitimarse como si el pasado buscara actualizarse. De ahí la diversidad de respuestas posibles.

Esta diversidad de respuestas posibles podría deberse a la coexistencia de representaciones contradictorias que impiden el establecimiento y la legitimación de patrones de masculinidad

enteramente diferentes a los tradicionales, no obstante los cambios visibles habidos en los patrones de masculinidad del mundo rural. Tal vez, nos situamos frente a distintos modelos en pugna, y es esto lo que contribuye a hacerse la pregunta acerca de la vigencia de las ideas que construyó en el pasado la sociedad rural, y su significación actual.

Perviven, al parecer, en un cruce complejo, nuevas realidades junto a antiguas formas de pensamiento. Estas no sólo se expresan en modos de pensar que tienden a conservar lo que el tiempo ha ido diluyendo, sino, a restaurar el "antiguo régimen" que pugna por perdurar, tanto en la sociedad como en la vida privada.

Debido a la presencia de señales contradictorias, nos enfrentamos a una paradoja: formas de vida rurales que cambian y ello contribuye a la transformación gradual en las representaciones y las prácticas sociales de hombres y mujeres, que sin embargo conviven con representaciones simbólicas que tienden a reproducir los patrones tradicionales de sociedad, familia y masculinidad, fundados en la sociedad rural.

Ya que lo “real” es también un asunto de lenguajes, símbolos y rituales y es objeto de lucha en torno de sus representaciones, nos parece pertinente entablar un diálogo presente/pasado para aproximarnos a la comprensión de la masculinidad.

Las continuidades en la reproducción de patrones de masculinidad tradicionales se encarnan, en un conjunto de imágenes de género, de ritos, de discursos donde podemos observar una lucha entre diversas formas de representación. Tales continuidades se asientan, a nuestro modo de ver, en la presencia de la nostalgia por lo la sociedad y la familia perdida: un tipo de orden, de autoridad, un de modo singular de integración social.

La presencia de estos elementos aún no permite que se aniden plenamente nuevas concepciones sociales, familiares y de género. En este contexto, la evidente nostalgia en grupos de poder por los tiempos de la hacienda, sus modos de integración social y el amparo dado al pueblo bajo el esquema de la dominación

paternalista fijado en la figura del hacendado —y que, sin duda, construyó un modelo de masculinidad que se proyectó a la sociedad—, junto a las nostalgias de los actuales habitantes rurales por los tiempos que quedaron atrás en que las mujeres les servían a cambio de protección y provisión masculina de los hogares, podrían ser entendidas como pérdidas que se dan en contextos de carencia, ausencia o debilidad de nuevos sentidos y dispositivos de integración social que ofrezcan a hombres y mujeres medios para reposicionarse con nuevos atributos en la sociedad actual y la familia.

De hecho, mientras se instala la tendencia a que las fronteras que caracterizaron la vida familiar se desplacen, incorporando, en reemplazo de la autoridad del padre, los intereses de los otros miembros que la componen, en particular jóvenes y mujeres —lo que tendría que conducir a la afirmación del sujeto y a proceso de individuación crecientes—, en la práctica es la familia la que cotidianamente es exigida como conjunto para encarar el presente. La debilidad de los sistemas de protección social no hacen posible restar peso a la familia y otorgar horizontes de autonomía a los individuos y ello complejiza enormemente la instalación de nuevos patrones masculinos y femeninos, en que la autonomía gane terreno sobre la dependencia.

La aparición en los noventa de un “nuevo contrato de género” que bajo el lema de la “igualdad de

oportunidades para las mujeres” haría posible la instalación de nuevos derechos, conforma por una parte un novedoso ingrediente discursivo que sin duda ayuda a la emergencia de nuevas imágenes de género que contribuyen a la erosión de los patrones de masculinidad tradicionales. No obstante, el proceso de afirmación del sujeto mujer dotado de nuevos atributos al igual que los cambios en los atributos de la masculinidad, tensionan las relaciones entre los géneros con lo cual la esfera privada es sometida a una doble exigencia: sostenerse como unidad para enfrentar los imperativos que le impone el mundo exterior y reacomodar las relaciones entre sus miembros.

En este contexto, la presencia de nuevas imágenes de género encarnadas en prácticas y representaciones sociales diferentes a las de antaño, interpelan a la institución familiar debilitando los atributos de la familia tradicional de lo cual emerge un proceso gradual en que lo masculino y lo femenino se modifican pero al mismo tiempo, esto implica resistencias, conflictos, tensiones y negociaciones que fragilizan a la familia como institución.

Para ofrecer algunas posibles respuestas al problema de la continuidad y del cambio en las representaciones sobre la masculinidad, nos parece entonces que hay dos formas de encarar el problema.

Una es a través de la mirada a los cambios en poblaciones rurales,

lo que da cuenta de cómo y en qué medida han cambiado las concepciones acerca de lo masculino en el espacio rural para comprender sus atributos actuales. Otra, a través de una mirada a las representaciones simbólicas que funda la sociedad rural tradicional y que circulan en el presente.

Dos hipótesis animan este modo de encarar el problema:

Una, sostiene que los atributos constitutivos de la masculinidad rural tradicional, han cambiado no sólo por los efectos de los procesos de modernización y modernidad en las poblaciones rurales, sino que, la construcción de la masculinidad en este espacio está sometida en forma gravitante, al proceso de la construcción del género femenino. Comprender los cambios habidos en los modos de ser y pensarse en tanto hombre, no se puede disociar del proceso paralelo que ha contribuido a nuevas formas de pensarse y ser mujer.

La segunda hipótesis es que mientras el conjunto de la sociedad está frente a paulatinos cambios en las mentalidades, remodelando los atributos de ambos géneros a causa de una variada gama de factores, esta misma sociedad se enfrenta a fenómenos de reproducción simbólica de la masculinidad tradicional cuya cuna se ubica en términos espaciales y temporales, en la sociedad rural tradicional de antaño.

Fuentes dispares utilizaremos para abordar estas hipótesis. Las referidas a los cambios en las

concepciones de lo masculino y lo rural provienen de una investigación realizada entre los años 1995 y 1997 en las comunas de Sagrada Familia y Santa María (VII y V Regiones)¹, de observaciones y entrevistas a mujeres y hombres realizadas en el medio rural en 1997-1998 (Cauquenes, Molina y Sagrada Familia)². Las referidas a la reproducción simbólica de los patrones de masculinidad tradicional provienen de una investigación de carácter histórico realizada entre 1992 y 1994, en la cual se recurrió a diversas fuentes³ y de la revisión de artículos, novelas y ensayos aparecidos en 1999⁴ y de su contrastación con fuentes que dan cuenta de las formas de vida

hacendales antes de la reforma agraria.

Consideraciones previas: fronteras y soportes de la construcción de los géneros

Antes de abordar el problema de los cambios (en las formas de vida) y las continuidades (en las representaciones simbólicas), nos parece importante referirnos a la noción de frontera y cómo los límites establecidos entre el campo y la ciudad han incidido en la construcción de los géneros.

La hacienda es más antigua que la República. Estableció, hasta la reforma agraria límites prácticamente inexpugnables entre el campo y la ciudad. Estas fronteras fueron gravitantes en la vida de la población rural⁵. Al interior de las haciendas, un conjunto de factores contribuyeron a establecer patrones familiares y dominios laborales diferenciados para hombres y mujeres, lo que incidió en las prácticas y representaciones sociales femeninas y masculinas: los hombres en las tareas y faenas

¹ Proyecto Fondecyt N° 1950107 (1995-1997) "Temporeros y temporeras de la fruta: impactos de la modernización agraria en las relaciones de género, familia y sociedad local" dirigido por X.Valdés cuyos resultados fueron publicados en diversos artículos en revistas y en el libro *Vida privada, modernización agraria y modernidad*. CEDEM, Santiago 1999. (X.Valdés y K. Araujo).

² Proyecto Fondecyt N° 1970 088 (1997-2000) "Género, vulnerabilidad y pobreza en los asalariados frutícolas y forestal de la Región del Maule", dirigido por X.Valdés.

³ Proyecto FONDECYT N° 92-415 (1992-1994) "Transformaciones agrarias, familia y mujer campesina: 1890-1990" bajo la responsabilidad de X.Valdés y la publicación *Masculino y femenino en la hacienda chilena del siglo XX*. CEDEM/FONDART, Santiago 1995 (X.Valdés, L.Rebolledo y A.Willson).

⁴ Principalmente *El huaso chileno*. Alberto Cardemil. Editorial Andrés Bello, Santiago 1999 (ensayo); *Cuando todos éramos inmortales*, Arturo Fontaine Talavera, Alfaguara, Santiago 1998 (novela); *Las virtudes de Emilio*, aparecido en sección Debate, Artes y Letras, El Mercurio, Santiago 3 de Octubre, p. E13 (artículo).

⁵ Cruzaron esta frontera desde el espacio urbano hacia el rural, ciertas instituciones públicas: la escuela, la policía, el registro civil, entre las más importantes. La cruzaron a su vez desde el espacio rural hacia las ciudades, pueblos, salitreras, obras públicas, regimientos los/as expulsados/as por los lentos procesos de modernización de la agricultura del siglo XX junto a ciertas normas impuestas a los hombres por el servicio militar "obligatorio". Las mujeres en general migraban a trabajar a las casas particulares mientras los hombres salían a ocuparse en distintas actividades y lugares.

ganaderas y agrícolas, las mujeres en las economías campesinas del inquilinaje y a cargo de la familia, mientras que, en la franja sin acceso a tierras, (voluntarios, peones y jornaleros), los hombres desempeñaron tareas en la agricultura, las mujeres en algunas faenas como ayuda para la procuración del salario al día masculino y a cargo de la casa. En general, mientras los hombres se desempeñaban en espacios abiertos, las labores de las mujeres eran más sedentarias y próximas a las casas; mientras los hombres establecían relaciones laborales directas con los patrones y capataces de la hacienda, las mujeres lo hacían a través de la intermediación masculina, lo que incidirá en forma conjunta además de otros factores, en la diferenciación de los atributos y dominios de cada género.

Bajo el régimen de hacienda, son los mecanismos de integración social los que van a contribuir a forjar un particular tipo de masculinidad dominante, en la medida que la hacienda funcionó con rasgos particulares en que dominación, servidumbre y paternalismo coexistían. Esto contribuyó a modelar entre patrones y personal de vigilancia una forma de despliegue de la masculinidad, asociada a las funciones de mando, jerarquía, poder y prestigio basadas en la lealtad. Capataces, ministros, inquilinos de "a caballo" junto al patrón, conformaron un estilo masculino en que el dominio del caballo, la presencia en faenas y ritos festivos contribuyeron a

establecer mecanismos de integración social particulares. La gallardía, la valentía, la virilidad, la fuerza, las destrezas en el manejo del caballo, el control social sobre las poblaciones y familias, la apropiación del cuerpo de las mujeres del inquilinaje, forman parte de este conjunto de atributos masculinos. Subordinado a este patrón de masculinidad dominante se estableció otro: el de la servidumbre y la obediencia sin más contrapeso que los procedimientos de integración simbólica dados por la protección hacendal. Un conjunto de instituciones y ritos que sostuvieron este tipo de integración: misiones, matrimonios, bautizos, evangelización, caridad patronal, visitas a enfermos, etc. A este rango pertenecen los simples inquilinos, los inquilinos peones, los peones familiares, los afuerinos, es decir el cuerpo de trabajadores de la "infantería hacendal", los de a pie, y todos ellos, con un desigual vínculo con la hacienda.

Ello contribuyó a forjar a lo menos tres modelos masculinos: el "patronal" al cual adscribe la capa superior del sistema de inquilinaje, el "subordinado" en el que se inscribe la mayoría de los habitantes de la hacienda y el "libre", en el cual se inscribe el peonaje, es decir, quienes no están adscritos a la hacienda en forma estable, estrato que se incrementa gradualmente hasta constituir la mayoría vísperas de la reforma agraria.

Las imágenes de género que circulaban y se encarnaban en la vida

de hombres y mujeres se asentaban en el vínculo privilegiado de los hombres con el trabajo, con lo cual, su situación como jefes de familia era incontestada mientras la relación de las mujeres con el trabajo estaba mediada por el padre, el hermano o el marido. Pero padres, hermanos y maridos, en la medida que estaban sujetos al poder hacendal sin ninguna mediación, también se constituían en débiles garantes de la privacidad del hogar, en la medida que un conjunto de derechos consuetudinarios hacían de las mujeres delinquientes, las tributarias en servicios de las casas patronales y también objetos de la sexualidad patronal. El peón libre en este esquema, al no garantizar lazos de lealtad ni de obediencia con la estructura hacendal, podía huir, trasladarse y desplazarse. Eran quienes no fundaban familia, los que se amancebaban en los pueblos, los que dejaban mujeres solas e hijos sin padre. Encarnaban la libertad según afirman el discurso histórico de derecha y de izquierda (Vial, Salazar, Bengoa⁶) y la literatura (De Rocka, etc.)⁷.

Las bases sociales construidas en este período de larga duración, se

trasladan a la ciudad fundamentalmente a través del sistema político. Este, mayoritariamente vinculado a la propiedad de la tierra no es compartido con otros grupos sociales sino hasta finalizada la segunda década del siglo XX y más propiamente hasta el Frente Popular y pervive, sin modificaciones en el campo, hasta la reforma agraria. Como una sociedad sin fronteras, lo rural, lo huaso, la cultura ganadera, se transforman en los fundamentos de la identidad nacional. Migran desde el campo a la ciudad y se yerguen como símbolos y formas de representación de lo "chileno", lo patrio, y lo propio.

La reforma agraria contribuyó al desplazamiento de las fronteras entre el campo y la ciudad, en la medida que un conjunto de reformas jurídicas respecto de la propiedad de la tierra, reformas laborales respecto de los derechos de los trabajadores, dispositivos públicos que incidieron en la vida de las mujeres, condujeron a introducir en el campo nuevos sentidos para las poblaciones involucradas que tendieron a igualarse en derechos y en acceso a servicios, con las poblaciones urbanas. Estos cambios se realizaron por medio del reemplazo de las instituciones y figuras gravitantes hasta entonces, la hacienda y el sistema de inquilinaje, el patrón de fundo, el párroco y la patrona, y las figuras en que el patrón delegaba el poder (ministros, capataces, administradores) por otras instituciones sociales y nuevas

⁶ Vial, Gonzalo, *Historia de Chile (1891-1973)*, Tomo II. Editorial Santillana. Santiago 1984; Bengoa, José. *El poder y la subordinación. Historia social de la agricultura chilena*, Tomo I, Ediciones SUR, Santiago 1988; Salazar, Gabriel. *Labradores, peones y proletarios*, Ediciones SUR, Santiago 1988; Salazar, Gabriel. *El niño huacho en la historia de Chile* en *Revista Proposiciones N° 19. Historia y "bajo pueblo"*, Ediciones SUR, Santiago 1990, p.55-83.

⁷ Pablo de Rokha. *El amigo piedra*. Editorial Pehuén, Santiago 1990.

figuras: funcionarios públicos, inspectores del trabajo, agrónomos, veterinarios, matronas, enfermeras, asistentes sociales, promotoras de centros de madres, y un mayor peso de la institución escolar y los maestros y maestras.

Nuevas imágenes de género comienzan a circular en este período. Ellas se encarnan en la nueva institucionalidad pública que llega al campo y, en síntesis, se refuerza la idea de hombre proveedor y responsable de la casa, a lo que se le suma el acceso a la propiedad dotando de esta forma de patrimonio a la población masculina mientras por otro lado se refuerza la idea de mujer responsable de la casa, pero con ingredientes nuevos. Casa y comunidad, se establecen como los lugares privilegiados para las mujeres y esto se implementa a través de un conjunto de dispositivos públicos que dan acceso a nuevos artefactos domésticos y espacios de sociabilidad femenina, a través de los Centros de Madres. A la par, las políticas de regulación de la natalidad llegan al campo con lo cual comienza a disminuir el tamaño de la familia, la escuela adquiere mayor peso y la institución escolar amplía su cobertura, con lo cual las mujeres frecuentan más las postas, los policlínicos, hospitales y escuelas (Rebolledo, 1992).

Estas fronteras entre el campo y la ciudad tienden a desdibujarse aún más con la irrupción del mercado y la contra-reforma agraria y sus consecuencias en la vida de la población, en la medida que capitales

y poblaciones se desplazan entre ambos espacios. Cambios importantes se consolidan en este período: el ingreso masivo de las mujeres al trabajo asalariado y modificaciones en los patrones de poblamiento del espacio rural, lo cual contribuye a la sedentarización de la población y a su concentración espacial. El espacio rural comienza a poblarse de agro-industrias y poblaciones mientras que la mayoría de la fuerza de trabajo masculina pierde su vínculo estable con el trabajo para transformarse en temporeros junto a las mujeres que son convocadas por las empresas a insertarse en la agricultura de exportación.

Tras estos cambios estructurales, durante la última década la distancia entre el campo y la ciudad se aminora: incremento de carreteras, caminos, transportes, telefonía y electrificación del espacio rural —lo cual facilita el uso de televisores— contribuyen a ello al acercar a las poblaciones rurales a la vida citadina.

Los cambios que se producen a partir de la aplicación del modelo neoliberal afectarán las formas de vida rurales, fundamentalmente imprimiendo una serie de consecuencias en términos de las relaciones sociales de género. La frontera de la casa para las mujeres se ha desplazado a los lugares de trabajo, hacia nuevos espacios de sociabilidad, vínculos privilegiados con los servicios públicos municipales y otras instituciones públicas. Hoy, las mujeres pueblan la calle, los packing

de fruta, la escuela, los hospitales, las municipalidades y también los bares. Los hombres han perdido en su mayoría los lazos estables con el trabajo y un conjunto de espacios son compartidos con las mujeres.

Esta idea de desplazamiento de fronteras entre campo y ciudad, entre la casa y el mundo del trabajo, permiten establecer ciertas rupturas que contribuyen a modificar los patrones de masculinidad propios del mundo rural. No obstante, frente a fronteras desplazadas en el tiempo, entre la hacienda y el resto de la sociedad, entre la casa el mundo exterior, la idea de sociedad sin fronteras es un elemento a considerar a la hora de contrastar transformaciones experimentadas en un corto lapso de tiempo con símbolos inalterados en una mas larga duración.

Realidades que cambian: I@s temporer@s

Los elementos más significativos para comprender los cambios habidos en los patrones de masculinidad, a nuestro modo de ver, están vinculados con ciertas dimensiones que muestran el modo como los hombres han decodificado los cambios y la forma en que se han adaptado a ellos.

Apropiación del cuerpo por parte de las mujeres y emergencia del placer sexual como componente de la vida de pareja

Se verifican transformaciones en la sexualidad y los patrones tradicionales de procreación según los cuales se tenían los hijos que Dios mandaba y el cuerpo de las mujeres estaba destinado a satisfacer las necesidades sexuales masculinas. Los cambios en los patrones de la sexualidad masculina están vinculados a un conjunto de dispositivos públicos dirigidos fundamentalmente a las mujeres e instalados en los años sesenta, a objeto de disminuir las tasas de natalidad. La noción de "Planificación Familiar" de esa época va a contribuir gradualmente a un proceso por el cual, desde la regulación del número de hijos, las mujeres paulatinamente irán apropiándose de sus cuerpos. El control de la procreación dará lugar a la idea de placer sexual. A lo largo de este proceso a través del cual se incorporan métodos anticonceptivos y la idea que se puede decidir sobre el número de hijos, en las generaciones menores de cuarenta años se instalará la idea de placer sexual disociado de la procreación, y como un elemento significativo en la relación hombre/mujer. De ser un tabú su expresión verbal pasa a constituir un asunto del cual se habla de modo tal de constituir el placer un importante elemento en la vida de pareja, lo que implica que los hombres no usen el cuerpo de las mujeres a su arbitrio sino consideren

las necesidades y requerimientos de las mujeres para su propia satisfacción.

El cuerpo femenino como medio de acceso al trabajo

No obstante la instalación de estos nuevos elementos en la vida privada y las relaciones sexuales en la pareja, perviven elementos que no contribuyen a este proceso de apropiación del cuerpo de las mujeres sino éste se constituye como elemento para acceder al mercado de trabajo. En efecto, acceder al mercado de trabajo suele transitar por acostarse con los capataces y, en esta medida el campo de la sexualidad se yergue como un campo peligroso para que los propios hombres vean con buenos ojos el ingreso de sus mujeres a los packing de fruta. Esto acarrea temores. Temor a la pérdida del honor masculino y temor a la pérdida del honor familiar del cual los hombres son todavía sus garantes. La presencia de estos temores contribuyen a la negación o a la permanente disputa entre hombres y mujeres acerca de la salida a trabajar. La idea de disolución moral en los lugares de trabajo, de libertinaje sexual entre las “packineras” presente en el imaginario de los hombres y las formas de concebir el peligro a que están expuestas las mujeres, compite con el pleno arraigo de la apropiación del cuerpo por parte de las mujeres, ya que los hombres por un lado hacen valer su poder en el trabajo a

través del uso del cuerpo de las mujeres y, por otro, ejercen la función de protección de su propio honor en el hogar.

El salario como dispositivo de erosión de la autoridad masculina

El salario femenino es un importante, aunque no el único elemento, que va a incidir en el cambio de los patrones de masculinidad especialmente en lo referido a la autoridad del hombre en la casa y frente a su pareja. Para las mujeres, llegar a trabajar sin embargo no es una tarea de fácil despacho; transita por múltiples negociaciones al interior de la casa y por esgrimir estrategias argumentativas que contribuyan a hacer posible su salida. El argumento de la necesidad es el más legitimado para que los hombres accedan a la salida a trabajar de las mujeres y las mujeres tomen la decisión de hacerlo. Es un argumento justificatorio en la medida que no interpela directa, o completamente, las falencias de los hombres como proveedores sino se sitúa en las necesidades crecientes de una sociedad que se abre al consumo y que exige precio y pago a ciertos servicios anteriormente brindados por el Estado, exigencias que no pueden ser satisfechas con un salario. “*El no alcanza*”, “*con lo que él gana no se vive*”, “*mi trabajo no es estable, es aventurero*”; “*ella gana más y con eso nos compramos los muebles*”; “*si yo no trabajo no tendríamos la casa*”; “*con el trabajo de ella los niños pueden estudiar*” o simplemente con

lo que él gana no se come" conforman los argumentos corrientes que justifican el trabajo femenino.

No obstante, y aunque la tendencia es a que los hombres mayores y muchos de edades entre treinta y cuarenta años no estén de acuerdo en que las mujeres trabajen y que justifiquen el trabajo femenino sólo por necesidad, existe un elemento que se juega en el interior de las casas que contribuye además a la erosión del patrón de proveedor de los hombres, en la medida que su aporte sólo alcanza para la alimentación y los servicios básicos mientras que el trabajo temporal de las mujeres permite el acceso al mercado de consumo de bienes que no se diluyen en ciclo alimentario del día a día sino son bienes que permanecen como evidencias materiales del trabajo de las mujeres. Tal es el caso de artefactos electrodomésticos, televisores, muebles, constitución del ahorro para el subsidio habitacional. Las mujeres suelen hacer valer su aporte en dinero a través de la materialización de su salario en bienes que "se ven" y contribuyen al mejoramiento de las condiciones de vida.

Este hecho, sumado a que los hombres proveen pero lo hacen a medias, en conjunto va a contribuir a generar nuevos patrones de autoridad en el hogar que se asientan en la idea de las mujeres de que "*si yo pongo, yo decido*"; *si yo manejo dinero, opino*", base sobre la cual irá emergiendo una nueva idea de pareja en que se trata de una co-construcción con aportes de hombres

y mujeres que van dejando atrás la idea de exclusiva provisión económica masculina.

Pero para que eso se encarne plenamente en la vida privada, este proceso ha debido pasar por la experiencia de generaciones de modo tal que se encuentra plenamente asumido en los más jóvenes de ambos sexos. Las transformaciones que se verifican como consecuencia de la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado, no son visibles en un corte sincrónico. Se van instalando progresivamente y sólo se encarnan como tales una vez que el recorrido generacional las pone de relieve. Es entonces la diacronía la que las muestra.

Las mujeres tienen derechos

La noción de derechos es otro de los elementos que marca este itinerario de cambios a través de las generaciones, derechos que son internalizados por hombres y mujeres, en particular en las generaciones intermedias y jóvenes. Se trata de nuevas nociones que circulan y están al alcance de todos. Hacen ver un campo abierto de oportunidades para las mujeres. No sólo éstas salen a trabajar sino frecuentemente ganan más que los hombres; no solo aportan a la casa sino que lo sacan en cara para reordenar las relaciones de poder en la vida privada. No sólo trabajan por necesidad sino además porque ellas quieren disponer de su propio dinero; ya no piden permiso: salen. No sólo

callejean sino se juntan con otras y entre los hombres con más mentalidad campesina suele esgrimirse la metáfora “*la yegua chúcará pone chúcará al resto*” para referirse al indisciplinaamiento de las mujeres producto de la junta con otras mujeres en los lugares de trabajo. A través del salario, el que suele ser restringido a la temporada, pero proporcionalmente más alto que el percibido en actividades no temporales, pone de manera descubierta y manifiesta a la mujer en el lugar de provisión del hogar, con lo cual el papel de proveedor masculino se ve fuertemente atenuado. El salario de las mujeres no sólo altera la composición de los ingresos familiares sino que pone en cuestión el poder de que los hombres gozan cuando son los proveedores exclusivos. De este modo, al no mantenerse la división de funciones que sostienen y justifican las relaciones de poder al interior de la familia tradicional, éstas son puestas en cuestión.

Pero la noción de derechos se juega en la vida privada y como elemento que contribuye a la reconfiguración de los atributos de cada género en este espacio, ya que, los derechos sociales y que se pueden ejercer en el ámbito laboral están casi completamente ausentes.

La nostalgia por las mujeres en la casa

Los hombres sin embargo tienen más dificultades que las mujeres para adaptarse a las nuevas

condiciones que impone el mercado de trabajo y el acceso precario a servicios junto a la ausencia temporal de las mujeres en las casas. Entre las tres generaciones son las mujeres de edad intermedia y los hombres y las mujeres de la generación más joven quienes incorporan nuevos sentidos que han modificado las representaciones tradicionales fundadas en el papel de proveedores, protectores, autoridades en la familia, salvaguardadores del honor familiar, mientras los hombres mayores y aquellos de la generación intermedia todavía están sujetos a las representaciones y las prácticas tradicionales. El antes se constituye en el tiempo de las certezas en que su incontestado poder no se sometía a negociaciones ni mucho menos a interpelaciones desde el exterior a la familia. La servidumbre doméstica de las mujeres es vista como añoranza, se estaba mejor, cuándo se llegaba alguien había dispuesto a atenderlos y servirlos; las horas marcaban las rutinas cotidianas y nada se movía: la tetera puesta al amanecer, siempre preparado el almuerzo cuando el sol rayaba en el mediodía; los niños/as sujetos a la disciplina de la madre y la autoridad del padre.

Hoy no es así; las casa están desordenadas; las mujeres se ausentan; los niños/as contestan y los modelos de autoridad no son únicos. Los medios lanzan nuevos mensajes; las mujeres no deben ser golpeadas; tampoco los niños/as y también se legitima la figura de la mujer sola, la jefa de hogar, no sólo modificando la sanción social a este estado y

situación sino otorgando recursos para apoyar el sostenimiento de estos hogares. En síntesis, a ellas se las provee de derechos mientras ellos han perdido los que tenían en la vida laboral y privada.

No se trata de volver atrás sino de la manifestación de un malestar latente que se juega en las relaciones de género mientras se construye un nuevo modelo de familia, de autoridad, de pareja.

En un proceso de cuatro décadas, las mujeres han logrado apropiarse de su cuerpo y su sexualidad, fenómeno vinculado a la aparición de la noción de pareja diferente a aquella de familia. Afectos y placer sexual se construyen en la relación hombre-mujer; los patrones tradicionales de autoridad masculinos se erosionan al ritmo que las mujeres salen de sus casas y abandonan la exclusividad de la reproducción y las tareas domésticas y de mantenimiento hogareño, incorporando nuevas actividades, como el trabajo asalariado y nuevas formas de sociabilidad. Ello contribuye a la generación de cambios en los hombres ante quienes aparece la noción de derechos como una noción que no les es propia a ellos sino también a las mujeres. En un escenario donde la noción de derechos está poco poblada de contenidos que provean a los sujetos de ambos sexos de herramientas para situarse en la nueva estructura social, estos derechos se tornan más bien en dispositivos novedosos que permiten el reacomodo en las relaciones entre los géneros en la

vida privada a través de procesos de negociación cotidianos que hacen posible que los cambios se encarnen de manera gradual en este espacio, mediante avances en ciertos campos y resistencias en otros.

Pero en la medida que no se ofrecen nuevas imágenes de género para los hombres, parece al lado de la constatación de los cambios que internalizan en sus propias representaciones, este vacío que impide que las nuevas formas de masculinidad que surgen producto de los cambios que experimentan las mujeres, alcancen plena legitimidad. Los hombres y los atributos de la masculinidad cambian porque cambian aquellas de las mujeres. Es una suerte de fenómeno reactivo, reactividad no plenamente despojada de resistencia que suele expresarse en variadas formas de violencia física y simbólica.

Es en este contexto de aparición de un espacio vacío de contenidos y nuevos sentidos que contribuyan a que se encarnen prácticamente nuevas formas de masculinidad y éstas nuevas formas encuentren formas de legitimación que permitan a los sujetos de ambos sexos democratizar las relaciones sociales de género plenamente, donde aparece el sentimiento de nostalgia por el pasado. Es decir, la inexistencia de un discurso de género novedoso para hacer posible la legitimación de las nuevas formas de masculinidad que se expresan en ciertos ámbitos de la vida de las personas, lo que dificulta el cambio entre los patrones masculinos

tradicionales por el reemplazo de los nuevos patrones que se hacen visibles como procesos graduales que se van instalando progresivamente.

El peso de la familia

Mientras el peso dado a la construcción de la pareja en los más jóvenes es de significación, la familia en tanto apoyo hace preservar ordenamientos tradicionales y sus consecuencias en el control social sobre los individuos. Puesto que no es posible ni la autonomía de la pareja ni la autonomía plena de los individuos, en particular de las mujeres, se recurre a las redes sociales familiares y parentales al lado del surgimiento de nuevos vínculos sociales encontrados en los lugares de trabajo, el barrio u otros lugares. Esto, frente a un Estado ausente y sistemas de protección débiles o inexistentes.

La metáfora de “servir a dos señores” es nombrada para colocar en evidencia la funcionalidad de estos cambios para las empresas y el modelo que sostiene su funcionamiento y, la familia. Mientras se ha instalado un discurso de la modernidad con contenidos de nuevos derechos individuales, mientras los derechos colectivos están ausentes, mientras las mujeres sin duda han mejorado su status pero al lado de este mejoramiento no hay mejoramiento de las condiciones de trabajo ni derechos laborales que puedan ser reclamados, y una gran ausencia de la idea de acción

colectiva, las mujeres aparecen como las figuras más vulnerables puesto que están a la vez sometidas a las obligaciones familiares y al trabajo en las empresas.

Es por ello que aparece, para los sectores sociales aludidos, una correspondencia entre estos nuevos discursos “modernos” amalgamados a elementos tradicionales que se amparan en los ordenamientos familiares que la tradición ha legado al presente: gran peso de la familia y de las redes de parentesco para sostener a una fuerza de trabajo barata. La nuclearización aunque se muestre en la constitución de los hogares —y no en todos— aparece como ficción en tanto la familia y el parentesco sostienen en una buena medida la salida de las mujeres a trabajar; casa aparte no significa liquidar los vínculos intra-familiares.

Estas nuevas situaciones hacen visible —en la larga duración— la aparición de elementos que dotan a los individuos de proyectos de vida en que la superación de la adversidad económica está presente tanto así como la idea de dignidad y surgimiento, frente a la resignación y el fatalismo de décadas atrás. En consecuencia, estamos en presencia de un gran cambio. Pero a la par, es indudable que el costo de estos proyectos es alto ya que están rodeados por la incertidumbre que año a año va a mostrar si hay o no trabajo, si el salario aumentó o quedó igual al año anterior. Los altos costos de estos proyectos centrados en el esfuerzo de la pareja y la familia, y muy en particular de las mujeres, al

no permitir que se instalen procesos de autonomía de los sujetos hacen difícil la legitimación plena de la idea de una pareja más democrática sino como una insinuación que logra mayor nitidez en la medida que se es más joven.

Lo que es notoriamente paradójal es que a menor preesencia de discursos sobre la familia mayor es el peso de la misma (frente a discursos como "el nuevo trato con las mujeres" o "la igualdad de oportunidades para las mujeres"). Lo que también es a considerar es que los discursos "modernos" sobre los nuevos derechos para las mujeres en términos prácticos coinciden con una realidad mayor, cual es la perdurabilidad del peso de la familia, con lo cual, el "familismo" de los tiempos modernos es vivido prácticamente por los individuos y logra amalgamarse con el discurso "familista" asentado en valores tradicionales. La imperiosa realidad de la vida cotidiana de los y las trabajadores/as de la fruta impide, en este contexto de cambios visibles en ciertas esferas, la plena autonomía y la existencia de proyectos individuales que empujen a su vez, relaciones de género más igualitarias en la vida privada.

Sociedad sin fronteras: símbolos que permanecen

Chile moderno también abre una ventana hacia su pasado, sus modelos rurales y sus tipos

masculinos. Hay, a fin de siglo ciertos síntomas, no todos iguales, que reviven y actualizan el funcionamiento de la sociedad rural de antaño. Unos más descriptivos, como la reciente película *El Desquite* de Andrés Wood, permiten conocer los rasgos de la masculinidad tradicional en un fundo ubicado hacia la costa de Chillán. Un patrón sexualmente desenfrenado con las mujeres del servicio doméstico de la casa patronal, las hijas de los inquilinos y la hija de un campesino vecino al fundo. Un padre campesino que pone a su hija al servicio de los deseos sexuales del patrón del fundo a cambio de dinero.

Dos libros sobre el huaso chileno, una reedición este año de "El huaso" escrito por Tomás Lago en 1953 y la publicación reciente de "El huaso chileno" de Alberto Cardemil muestran un ideal social e un ideal masculino. Este último enarbola la figura del huaso como ingrediente de la chilenidad a través de la revalorización de la hacienda y la cultura ganadera, ejes de la construcción de la masculinidad patronal cuya incidencia en la capa alta del inquilinaje ya describimos sumariamente. Por último, una novela de Fontaine Talavera titulada "Cuando éramos inmortales" pone en acción a un "Emilio criollo" en el cual el protagonista que lleva este nombre revive su infancia en la hacienda, los avatares de la vida familiar y escolar, la significación de la iglesia y los curas en la vida hacendal y el colegio; la reforma agraria es sucedida por la separación de sus padres con lo cual todo se derrumba y el padre que

queda sin ubicación en el mundo, por la pérdida de mujer y tierra (propiedad).

Textos que expresan nostalgia, probablemente tan importante como la novela y este ensayo del senador Cardemil, son los comentarios hechos por un sociólogo de la Pontificia Universidad Católica⁸ a la novela de Fontaine Talavera, en términos de una respuesta política a la nostalgia por los tiempos perdidos de la vida hacendal, según la cual son los Emilios los verdaderos fundadores del Chile moderno.

La reproducción de elementos simbólicos que tienen por sentido la reafirmación de la masculinidad tradicional cuya cuna se ubica en términos espaciales y temporales, en la sociedad rural tradicional de antaño tiene la particularidad de proponer al conjunto de la sociedad a lo menos tres elementos significativos:

1. Un principio de construcción de la masculinidad vinculada con el manejo del caballo.

2. Un principio de identificación de lo masculino con lo nacional, con el ser chileno, a través de la figura del huaso, que corresponde al grupo "montado" de la sociedad rural.

3. Un principio de integración social entre hacendados e inquilinos, en el cual la imagen de la vida de la

hacienda y la figura del huaso se encarnan como síntesis social en que se desdibujan los capitales sociales, culturales y materiales entre patrones, inquilinos y campesinos para producir un sentido de lo nacional y lo masculino.

Estos tres principios no han tenido significación sólo en el mundo rural, son principios que han migrado desde el campo a la ciudad contribuyendo a la transferencia de imágenes y sentidos desde este espacio hacia la sociedad en su conjunto y, más aún, son principios que como parte de la construcción de la masculinidad rural son también parte de las formas de representación de lo chileno. Tampoco son ideas transformadas en símbolos de lo masculino y lo chileno que correspondan a tiempos pretéritos. Corresponden, más bien, a símbolos que anudan a la extinguida cultura hacendal con el presente ofreciendo viejos sentidos a los tiempos actuales, cuando las formas de integración social del presente están sacudidas por la fragilización de los sistemas de protección social contruidos en la época del Estado Benefactor. Este espacio vacío, invadido por la desprotección, la incertidumbre y la inseguridad es propicio para reencarnar los principios de la sociedad tradicional en el presente.

Primer y segundo principio: de los hombres y los caballos

⁸ Carlos Cousiño Valdés El Mercurio del 3 de Octubre de este año comentando la novela de Arturo Fontaine Talavera "Cuando éramos inmortales".

La imagen del "huaso" es una de las imágenes fundantes de lo masculino y pervive hasta hoy, como expresión aún latente de la antigua cultura ganadera y es de significativa raigambre popular. Esta figura masculina, no sólo puede ser vista como expresión de atraso e ignorancia sino en su acepción positiva como figura de la chilenidad, condensadora de un conjunto de atributos y valores masculinos que marcan el ser chileno. Distingue a la nación chilena de otras que tienen como figuras identitarias para definir la masculinidad y la nacionalidad, por ejemplo al gaucho o al charro. El "huaso", en síntesis, identifica lo chileno. Pero además, simbólicamente, propone un modo de integración social, en la medida que se sostiene en un sistema de dominación en cuyo caso no se puede disociar la dominación y la servidumbre del paternalismo lo que hace posible que ciertos miembros de los grupos subordinados salgan "hacia delante", es decir, encuentren caminos de integración social.

La cultura "huasa" es una síntesis oligárquico-popular compleja en la medida que en ella confluyen referentes identitarios de distintos grupos sociales proyectados a la sociedad como elementos que contribuyen a dibujar lo masculino y lo chileno. Proyectan las relaciones de subordinación de la hacienda con el inquilinaje pero siempre rodeadas de paternalismo y ofertas selectivas de integración social. Está inscrita en el imaginario colectivo, es un elemento de identificación para los

chilenos, no sólo está presente en el ambiente de las fondas de las celebraciones patrias, en el vestuario masculino en eventos festivos como los rodeos, sino se reproduce a través del sistema escolar a la hora de que los niños se ven interpelados a las celebraciones patrias. Este hecho se reitera en las paradas militares de los 19 de septiembre, interponiéndose los huasos como "pueblo" que ofrece "la chicha en cacho" al Presidente de la República que se prepara para el desfile de las Fuerzas Armadas y sus distintas ramas.

El huaso es la figura que tradicionalmente ha puesto en común las ideas y las aspiraciones a hacendados y cierta franja campesina. El rodeo ha sido el rito en el cual esta figura se encarna en términos festivos, deportivos y como una muestra del cuerpo masculino, sus atributos y valores. El rodeo es un lugar de afirmación de prestigio para los hombres.

La masculinidad en el Chile tradicional estuvo fuertemente vinculada con la existencia de una sociedad ganadera y agrícola. El patrón masculino se construye en base a formas de vida en que la ganadería extensiva y la dotación de caballares eran parte del funcionamiento de este tipo de orientación productiva. Las prácticas y las representaciones sociales de la sociedad rural y en particular, en cuanto proceso de construcción de la masculinidad rural, son indisolubles de esta suerte de "cultura equino-

ganadera" cuyo fundamental soporte fueron los hombres de este medio.⁹

Estas dimensiones simbólicas tradicionales de la masculinidad, pese a su probable retroceso o regresión, frente a la emergencia de nuevas imágenes de género masculinas no plenamente legitimadas, perduran aún como símbolos de la masculinidad y la chilenidad, en particular cuando se trata de colocar en lo público referentes simbólicos que otorguen identidad.

Como sostiene el senador y autor de "El Huaso Chileno", Alberto Cardemil, la gallardía, la fuerza y la virilidad son los atributos de esta representación de lo masculino, hecho que se hace extensible a lo chileno a través de la valorización del rodeo como rito deportivo en que se expresa esa masculinidad y ese ser chileno.

⁹ En este proceso de construcción de la masculinidad rural, desde la conquista en adelante, el caballo fue un campo de disputa por los dispositivos de dominio: dominio en la guerra, dominio de la naturaleza, del territorio y de la economía ganadera. Los siglos XVI y XVII pueden ser leídos como aquellos del aprendizaje de los nativos por el control y la apropiación del caballo, y entre los españoles y mestizos por el dominio del territorio, del espacio y su economía ganadera. Los estancieros y, más propiamente los hacendados, a partir del siglo XVIII asistidos por la institución del inquilinaje, construyen, en términos prácticos y rituales, esta asociación jinete-caballo donde se encarna la masculinidad rural como expresión de distinción y diferencia, de hombría, de poder y prestigio y además de integración social como mecanismo de inclusión de una franja campesina al estilo de poder oligárquico fundado en la propiedad de la tierra.

La figura del huaso es reeditada y reinventada en el fin de siglo aunque el rodeo hace ya muchas décadas dejó de ser una faena ganadera y no es más que un evento deportivo, y aunque muchos cambios y modernizaciones tecnológicas en la agricultura hayan socavado las bases de funcionamiento de esta faena rural.¹⁰

El huaso se lo vincula a la historia social y política de Chile en que el Senador Cardemil actualiza ciertas figuras políticas e instituciones sociales para expresar la síntesis entre el orden a través de Portales — impuesto por la formación del Estado-Nación—, y la hacienda como institución que fundó la chilenidad y la asunción de este modelo por parte del inquilinaje. Todo ello unido por la figura del hombre montado y el despliegue de destrezas y prestigio en torno al caballo. Para Cardemil formadores del Estado, hacendados e inquilinos, son todos hombres montados.

En consecuencia, el elemento que unifica a este patrón masculino, es el caballo: *"Además de la mujer, dos inclinaciones singularizaban a Portales: la de los caballos y la de los*

¹⁰ La masa caballar ha disminuído enormemente, el caballo ya no es un medio de transporte, ha sido reemplazado para unos por las bicicletas y para otros por camionetas o jeeps, la institución del inquilinaje fue extinguida por la reforma agraria, las trillas se eximieron de las yeguas que fueron reemplazadas por maquinaria. En síntesis, la sociedad ganadera corrió la suerte de su extinción y el campo ya no es lo que fue cuando esta estaba viva en la vida cotidiana de los habitantes de este medio.

bufones: Tenía pasión del caballo, gusto extraño en quién llevó siempre vida urbana" (Cardemil, 1999: 165 citando a Encina) y agrega: "*Montaba Don Diego, por lo general, en silla inglesa, (.....) que cuidaba con esmero, y en el que en ciertos días se ostentaba como el más gallardo lacho*" (Cardemil, 1999: 164). Potros y mujeres se anudan en la caracterización de Portales, figura viril forjada a través de sus destrezas en el dominio del caballo y su especial vínculo con las mujeres y prosigue. "*Quiso apagar su sed de amor ideal en la posesión física de la mujer, en la doma de potros*" (Cardemil, 1999: 166-167 citando a Encina).

Tercer principio: integración social de la hacienda

Otros ejemplos de los dispositivos y argumentos de la cultura hacendal presentes en el Chile contemporáneo se agregan a esta caracterización de la figura clave en la fundación del Estado-Nación y que le otorgan continuidad histórica y sentido:

El hacendado es el soporte de la construcción de este tipo masculino, montado, diferente a la "infantería peonal", los sin caballo, los de a pié, los parias del campo pero aquellos definidos tanto por la historia conservadora como por la historia de izquierda como "los hombres libres" (Vial y Salazar). La institución hacendal ofrece al inquilinaje un modelo de integración social, brinda al hombre "de a caballo" de la hacienda tierras y talajes, trabajo y

protección, y le provee de espacios simbólicos de integración. Su figura fue gravitante en el campo y en la sociedad ya que "*El hacendado fue el patrón montado que arrastró a los habitantes del mundo rural, especialmente a los inquilinos, a constituir con él un tipo humano característico de Chile, en contraposición al aventurero. Les comunicó sus propios valores: laboriosidad, sedentariedad, religiosidad, conservantismo, paternalismo, arbitrariedad, sobriedad, voluntad de dominio, magnanimidad*" (.....) "*el patrón y el inquilino transformados en huasos han representado en Chile el "peso de la noche"*" (Cardemil, 1999: 150-160).

En su comentario a la novela de Fontaine Talavera, "Cuando éramos inmortales", Carlos Cousiño sostiene que "*Desde los sesenta comienza a morir una elite. Aquella que se basaba en la propiedad familiar de la tierra, en una religiosidad compartida por peones y patrones, así como en una familiaridad de trato que no excluía sino representaba una marcada jerarquía social*"....."*el secularismo rompe la unidad cultural entre el pueblo y la elite*" (Cousiño, 1999: E13), se rompe aquella unidad cultural que queda retratada en la novela de Fontaine en dos magistrales párrafos, uno a propósito de la misa de Semana Santa y otro a propósito de una nochebuena en el fundo de la abuela de Emilio, protagonista de la novela:

Nochebuena en la hacienda:
"A Emilio le toca ser el jefe de los pastores. Lo entretenido es que los corderitos son verdaderos. Cuando el arcángel Patalo les anuncia la Buena Nueva, los pastores, que son hijos de inquilinos y capataces del campo, como Cocholo, abren los ojos y levantándose de inmediato se ponen en marcha con sus ovejas siguiendo a la estrella" (Fontaine, 1999: 63).

Misa de Semana Santa en la Hacienda: *"El capuchino murmura en latín un 'omnipotens sempiternus Deus, qui non mortem peccatorum, sed vitam semper inquiris'...que los de la familia patronal leen en sus libros como "Dios omnipotente y eterno, que no quieres la muerte de los pecadores, sino que procuras siempre su vida"(.....)"Entonces, en medio del silencio expectante, se incorpora la patrona de su reclinatorio en felpa azul y, pálida y larga como una vela de convento, avanza apretando en su mano el rosario de piedras amatista, y cruza la línea limítrofe trazada por la reja. Se desploma sobre el Cristo indio y, con ambas rodillas en el suelo besa tres veces sus pies(.....)Los besos se amontonan sobre el mismo punto: los pies clavados del mismo Cristo indio; y era imposible no pensar, mientras pasaban y pasaban los jornaleros, en la saliva de la patrona mezclándose con la de todos ellos en sus bocas. Porque ese besar los pies clavados se trasmutaba en un besar el rastro del beso de mi abuela. Ese beso colectivo sellaba, a través de los pies*

del Cristo, nuestra alianza en la lejanía de los Andes, en el cajón de Panguinilahue, de generación en generación" (Talavera, 1999: 24).

Epílogo: Caída y perdurabilidad de la hacienda

Para concluir baste con citar a manera de epílogo ideas que sostienen estas continuidades, reelaboradas por cierto por los refundadores del Chile moderno en base a los símbolos y formas de vida legados por la sociedad rural.

"Mal que mal, —comenta Cousiño— las elites tardan en morir, si es que efectivamente llegan a morir". Para Cousiño, "Cuando éramos inmortales" es una novela "que permite comprender por qué la caída de la hacienda no trajo consigo la separación del grupo social que se gestó en ese mundo (...) lo que cayó—nos dice— fue una estructura económica inviable, pero no el tipo humano que se formó en ese ambiente marcado por la familia extensa, la religiosidad compartida y una sociabilidad que descansaba en la lealtad y la reciprocidad (...). Permite comprender "por qué esa elite no desapareció, sino que fue ella la que rearmó posteriormente las estructuras del Chile moderno" (.....) Y concluye: "La modernización económica..... fue hecha por los Emilios....fueron precisamente los Emilios los que supieron apreciar la verdad de los valores permanentes que se hicieron visibles en el orden social que les

tocó ver caer en su ninez, sabiendo más tarde revivirlos en el contexto de un nuevo orden político y económico" (Cousiño, 1999: E13).

¿Es que estamos frente a un fenómeno de reedición de los mecanismos de integración social propios de la hacienda y el sistema de inquilinaje, aún cuando sus soportes materiales hayan desaparecido?

En este sentido, estaríamos en un campo de lucha simbólico no saldado entre estos referentes tradicionales y los nuevos valores y atributos de la masculinidad posiblemente instalados, y visibles en nuevas formas de representaciones y prácticas sociales. Esta coexistencia, hace compleja la instalación de estas nuevas ideas y visiones acerca de lo masculino, en la medida que convive con símbolos del pasado que otorgan sentido a la construcción de la masculinidad en el presente.

Se trataría entonces de una sociedad, la nuestra, que por un lado se ve interpelada por los cambios pero, por otro, estos cambios encuentran dificultades para legitimarse en tanto nuevas imágenes de género, en la medida que conviven con imágenes de género tradicionales, que no sólo identifican lo masculino sino además lo chileno y proponen un modelo de sociedad donde ese tipo de masculinidad se ha incubado.

Este "revival" del huaso no parece ser un mero accidente editorial (ni solamente un asunto de estilo y contenidos campaña electoral) sino, más bien, configura un

campo de interés para conocer como convive en la sociedad contemporánea el malestar cultural de grupos conservadores que se ven sometidos a renunciar a un tipo de referente identitario en un contexto de globalización pero, que no obstante este reto a la renuncia, afirman por el contrario los símbolos de la sociedad tradicional criolla y las formas de integración social que le están adscritas y, por añadidura, de un tipo de masculinidad asociada a esta forma de dominación e integración social subordinada.

Referencias bibliográficas

Bengoa, José. *El poder y la subordinación. Historia social de la agricultura chilena*, Tomo I, Ediciones SUR, Santiago 1988

Cardemil, Alberto. *El huaso chileno*. Editorial Andrés Bello, Santiago 1999 (ensayo).

Cousiño Valdés, Carlos. *Las virtudes de Emilio*. El Mercurio del 3 de Octubre 1999. Sección Debate, Artes y Letras (artículo en diario)

Fontaine Talavera, Arturo. *Cuando todos éramos inmortales*, Alfaguara, Santiago 1998 (novela);

De Rokha, Pablo. *El amigo piedra*. Editorial Pehuén, Santiago 1990. (libro)

Salazar, Gabriel. *Labradores, peones y proletarios*, Ediciones SUR, Santiago 1988. (libro)

Salazar, Gabriel. *El niño huacho en la historia de Chile* en *Revista Propositiones N 19. Historia y "bajo pueblo"*, Ediciones SUR, Santiago 1990. (artículo).

Valdés S, Ximena, L.Rebolledo y A.Willson. *Masculino y femenino en la hacienda chilena del siglo XX*. CEDEM/FONDART, Santiago 1995 (libro)

Valdés, Ximena y K. Araujo. *Vida privada, modernización agraria y modernidad*. CEDEM, Santiago 1999. (libro).

Vial, Gonzalo, *Historia de Chile (1891-1973)*, Tomo II. Editorial Santillana. Santiago 1984. (libro).